

Mi Semblanza¹ con Heidegger

Humberto González Galván

Universidad Autónoma de Baja California Sur (La Paz. México)

Mexicali, Baja California (México). Un tren silba su inminente salida. Yo estoy en él. Nunca antes me había alejado de mi ciudad natal. Voy a la ciudad de México D.F., capital del país. El viaje durará dos días. Llevaba conmigo la fe y el propósito de ingresar a la Universidad Nacional Autónoma de México. Tenía dieciocho años y nunca había subido a un tren. Tampoco había leído ningún libro completo. Hasta entonces, para aprobar mis exámenes escolares, me las había estado arreglando con notas de clase tomadas al vuelo, y con un olfato lógico que hoy supongo era sagaz y artero. Mi familia, en el andén, agita sus muchos brazos para despedirme. Es agosto de 1975. Conocía bien el ardiente calor del verano cachanilla, pero en ese instante ya nada me resultaba familiar: ni el sudor que me empapaba, ni la expresión del rostro de mis padres y hermanos (soy el mayor de siete). Lloré al despedirme de ellos por la ventanilla. Se mezcló mi pena en una misma sal. Nuevas aventuras asomaban a mi vida.

Ya en la UNAM, inscrito en la facultad de Filosofía, recuerdo haber llegado con mucha anticipación a mi primera clase. El aula aún estaba vacía. Llamaron mi atención unas fotocopias desparramadas por el suelo. Las ordené; eran las primeras páginas de *La filosofía del no*, libro de un tal Gaston Bachelard. Tanto el título como su autor fueron para mí un misterio. El misterio incrementó cuando, por ocio, empecé a leer lo que ahí estaba escrito: no entendí nada. Alcancé a leer tres veces esos folios antes de que el aula empezara a poblarse y llegara el profesor. A lo largo de esa primera sesión (olvido cuál fue y quién la impartió) no me abandonó la inquietud del tamaño de mi ignorancia: “Esto se debe a no haber leído libros completos” –razoné. Me propuse comprar, leer y comprender, en particular, ese funesto libro de mi ignominia.

1. Esta ego-narración quiere explicitar, mediante vagos recuerdos personales, el vínculo conceptual afectivo que me ha unido a la obra de Martin Heidegger a lo largo de muchos años: ya casi cuarenta. Es obligada aquí, por tanto, la primera persona del singular.

Esa primera obstinación académica implicaba un primer problema: no tenía dinero. Lo que mis padres enviaban para mi sostén como estudiante, apenas sí alcanzaba para lo básico: renta y provisión alimenticia. Compartía piso con estudiantes místicos y me volví magro vegetariano. Por lo demás, me era natural no gastar ni en ropa ni en calzado (que me duraban una eternidad), ni en eventos culturales (que en la UNAM, por lo general, eran gratuitos), ni en fiestas (que entre místicos suponían lo que un óbolo al pobre; casi un símbolo).

El punto es que *La filosofía del no* costaba una fortuna. Yo no entendía el porqué un libro tan delgado en páginas tenía un tan alto precio. No me enteraba aún del prestigio y cotización de las casas editoriales. Luego supe que *Amorrortu* era de las más onerosas en el mercado. Lo sigue siendo². Así pues, me dispuse a hacerme del susodicho libro a como diera lugar. Para ello, elegí la propia librería universitaria, anexa por aquel entonces a la mismísima torre de rectoría.

Si le robo a mi *alma mater* (razoné) mi delito será menor. Sucedería algo así como tomar algunas monedas prestadas al bolso de mamá con la intención de restituirlas luego. Esta práctica la conocía yo muy bien desde mi más tierna edad, aunque el “luego” de lo así procurado casi nunca haya tenido efecto. Ahora bien, el siguiente paso en el plan de mi hurto, consistió en elegir el mejor momento para llevarlo a cabo. Una semana entera estuve yendo todos los días a hojear libros y a preguntar por títulos que, además era verdad, mis brillantes catedráticos pedían a caudales en sus programas. En fin, de tanto estar en la librería me hice amigo de uno de los encargados y ello constituyó, por algunos días, un prurito moral que tuve que superar poco a poco; ¿cómo robarle a un amigo? –cavilaba. Por estas deliberaciones casi desisto de la empresa; pero me alivió pensar que no era a él a quien despojaba, sino a mi *alma mater*. Ello me tranquilizó por las razones que ya aduje. Volví, pues, a la normalidad. El caso es que elegí el que pensé era el mejor momento: un jueves a mitad de quincena, a las diez de la mañana. Llevé mi único abrigo, un raído gabán negro que, según mis compañeros, me daba un aire a Raskólnikov. Por entonces yo no sabía quién era Raskólnikov, así que no me inquieté en absoluto. Con esa indumentaria, que la inocencia me hacía creer no despertaba sospechas, me había estado dejando ver en todas mis estratégicas visitas al lugar del crimen. El día del evento (*Ereignis*) ocurrió algo imprevisto: justo al lado de *La filosofía del no* estaba *El ser y el tiempo*. Gaston Bachelard no tiene mucho que ver con Martin Heidegger, pues la H se encuentra cinco letras después de la B, a menos que se confunda Gaston como apellido. Lo más probable es que esa contigüidad de libros se haya debido al azar de algún auténtico y honrado cliente que desordenó sin querer la estantería. Todo esto lo pensé después. En el momento del acontecimiento (*Ereignis*) sólo fui capaz de enfocar de un mismo vistazo, como en un largo oscuro túnel, esos dos libros juntos. Y así también, juntos, pasaron del anaquel al

2. Acabo de adquirir (esta vez no hube de llevarme sin pagar, aunque la idea cruzó por mi cabeza) *La filosofía y el acontecimiento*, de Alain Badiou: libro de Amorrortu editores. Buenos Aires ahora aliado con Madrid (2013). Libro tan breve y costoso (¡15,50 euros!) como el que ahora comento. Luego se hablará de ese libro.

bolsillo interno de mi cómplice abrigo. Todo ocurrió en tres segundos. Pensé que los latidos de mi corazón me estaban delatando. Creí que se escuchaban hasta la torre de rectoría. Así de aturdido tenía el pecho. Ese mismo azoro y bochorno los he sentido a lo largo de mi vida las pocas veces que he declarado mi amor a alguna muchacha. Supongo ahora que alguna relación analógica habrá entre tomar algo ajeno (v. gr. robar un libro) y ser tomado por alguien ajeno (v. gr. que le roben a uno el corazón): ¿serán ambos aconteSer³ (*Ereignis*)?

Ya en casa revisé el botín. En lugar de un libro incomprendible, ahora tenía dos igual de herméticos. La traducción de Gaos a *Sein und Zeit* reproducía punto por punto el galimatías de la jerigonza heideggeriana. El novel lector de libros que era yo entonces, quedó por completo frustrado y atónito. Ambos, el superracionalismo discursivo capaz de “decir de la misma manera una cosa diferente”⁴, y la pregunta por el ser del Dasein en tanto “Proyección existencial de un ‘ser relativamente a la muerte’ propio”⁵, me dejaron perplejo. Estuve a punto de tomar el tren de regreso a mi terruño, conseguir un trabajo sencillo, casarme, jugar beisbol los domingos con mis viejos amigos y dejar crecer a su aire una barriga cervecera indispensable al estío mexicalense. Era un plan tentador. Además, ello me evitaría los riesgos sociales de ser juzgado por andar robando libros; también me evitaría el íntimo ridículo personal de no comprenderlos. Me di dos semestres para tomar una decisión. Para fortuna de lo que relato, Heidegger muere el 26 de mayo de 1976 y la facultad de Filosofía se desborda en ciclos de homenaje en los que se examina a detalle su obra. De esos sucesos (*Ereignis*) me quedó en claro la importancia de Martin Heidegger como pensador. También su recargada dificultad. Después de todo no era yo el único que se daba de topes con el muro de su bizarra jerga –me consolaba. ¿Valía la pena hincar el diente a esa dificultad? La siguiente idea bachelardiana, a quien seguía leyendo, vino a animar un sí como respuesta. Con ella empecé a marcar el paso por los caminos que desde entonces sigo deambulando a tumbos:

Después de tantos sueños, una urgencia por instruirme todavía, y descartar, en consecuencia, el papel blanco para estudiar en un libro, en un libro difícil, cada vez un poco más difícil para mí. En la tensión que sobreviene ante un libro de riguroso desarrollo, el espíritu se

3. Así proponemos traducir *Ereignis*, de acuerdo a su muy íntima vinculación con el ser y con la verdad: “La verdad es lo originariamente verdadero./ Lo verdadero es el máximo ente./ Más ente que todo ente es el ser [Sein] mismo. El máximo ente no ‘es’ más sino se esencia como el esenciarse (evento)./ El ser [Sein] se esencia como evento./ La esencia de la verdad es el aclarante ocultamiento del evento./ El aclarante ocultamiento se esencia como fundación del ser-ahí; pero fundación (es) ambigua./ La fundación del ser-ahí acaece como abrigo de la verdad en lo verdadero, que tan sólo así deviene./ Lo verdadero hace ser siendo al ente.” (Heidegger, M. *Aportes a la filosofía. Acerca del evento*. Buenos Aires. Biblos, 2011, p.277).

4. Bachelard, G. *La filosofía del no. Ensayo de una filosofía del nuevo espíritu científico*. Buenos Aires. Amorrortu, 1973, p.117.

5. Heidegger, M. *El ser y el tiempo*. México. FCE, 1974, p. 283 y ss.

construye y se reconstruye. El devenir del pensamiento, su porvenir, está en una *reconstrucción del espíritu*.⁶

“Reconstrucción del espíritu”, ¡pero si no era otra la voluntad que me había hecho tomar el tren desde tan lejos! Empezaba a comprender. Para entonces leía ya mucho. Libros completos que compraba en librerías de viejo o que seguía expropiando a discreción de las librerías⁷. Mi mayor proeza delincuente: un libro grueso en todo sentido: *Verdad y método* de Hans-Georg Gadamer, discípulo de Heidegger capaz de “urbanizarlo”⁸ sin empobrecerlo. He de confesar que incluí a los quesos en el género de mis asaltos (seguía siendo vegetariano y me hice de una novia a quien, de vez en vez, invitaba a comer quesadillas).

Pasó el tiempo y seguí el camino natural de un académico: pasar de leer libros a escribirlos. En mis tres tesis de grado (licenciatura, maestría, doctorado) estuvo presente Bachelard. Heidegger sólo en la última⁹. Mis empeños rendían fruto. Me volví casi un especialista en Bachelard¹⁰. Heidegger se me seguía resistiendo. Una nueva traducción de *Ser y tiempo*¹¹, cotejada con el original, tampoco ayudó mucho. Fue más bien a la luz de aparecer nuevos escritos de Heidegger como se iluminó para mí el trazo de su camino, tan lleno de metáforas, como el recorrido que Bachelard hizo entre ciencias y poéticas, por cierto. ¡Aletheia!, por no decir ¡eureka!, Heidegger empezó a dejar de ser críptico a mi conciencia lectora.

Si en 1975, a la edad de diecinueve años, me atreví con *Ser y tiempo* sin entender un ápice de lo que leía; hoy, casi cuarenta años después, leo con mucho provecho *Acerca del evento*, manuscrito de Heidegger publicado en 1989, sesenta años después de aquella su obra

6. Bachelard, G. *La llama de una vela*. Venezuela. Monte Ávila eds., 1975, p. 23. El subrayado es mío.

7. En un personaje literario (¿de Sartre?, ¿de Camus?, ¿de Dostoyevski?, ¿de Sabato?, ¿de Poe?, ¿de Hesse?) encontré incluso una técnica fenomenológica para robar un libro. Por más que he buscado la referencia precisa para incluirla aquí, no logro dar con ella, pero la recuerdo a la perfección. Ocurre en tres segundos: el libro que está ahí, pasa a aquí... mientras el acto que lo traslada se envuelve en la burbuja de un instante que no existe. Acontecer (*Ereignis*), ni más ni menos: instante que instauro caminos nuevos al ente.

8. La expresión “urbanizar a Heidegger” es de Habermas, quien atribuye a Gadamer tamaña proeza (cf. Luis E. de Guervós. *Hans-Georg Gadamer (1900-)*. Madrid. Ed. del Orto, 1997, p.18).

9. “Heidegger y la identidad onto-dialéctica: *Lichtung, Nichtung y Ereignis*”, Estación VIII (Mas la forma en sí misma no se cumple) de mi Poética Mortis. Conversación hermenéutica filosófica con Muerte sin Fin de José Gorostiza. México. UABCS-Plaza y Valdés, 2004, p.235-261, donde se lee, como epígrafe, la siguiente afirmación por parte de Heidegger: “De lo que se trata es de experimentar sencillamente este juego de propiación en el que el hombre y el ser se transpropian recíprocamente, esto es, adentrarnos en aquello que nombramos *Ereignis*”.

10. González G.H. *La teoría de la imaginación en Gaston Bachelard*. México. UABCS-Centro de Investigación Filosófica, 1975,

11. Heidegger, M. *Ser y tiempo*. Santiago de Chile. Trotta (reproducción), 2003. Traducción, prólogo y notas de Jorge Eduardo Rivera C.

iniciática capital y, quizá, “su segunda gran obra tras el propio *Ser y tiempo*”¹². El tiempo de la comprensión respecto a las ideas filosóficas no cesa de maravillarme. Todo se cruza aquí, en *Acerca del evento*, para mostrar un ser en construcción permanente, a la manera del río que Heráclito imagina. “Todo se cruza aquí”, significa dos cosas simultáneas:

- a) El tiempo de la comprensión respecto a las ideas filosóficas en general; tiempo en el que *todo se cruza*, y
- b) Todo lo que es capaz de cruzar Heidegger en *Acerca del evento* para mostrar al ser, en construcción permanente, andado por él y sus talentos lúdicos y filológicos.

Terminamos esta breve ego-narración con una idea de Heidegger que, desde que la comprendí, me ha estado obligando a entrelazar la ética de mis actos¹³, de manera muy personal, a un tiempo así, a un tiempo abierto en el que *todo se cruza*, con la disposición de seguir comprendiendo lo que se abre a cada paso que doy, desde que una mítica vía de tren me alejó del terruño:

De modo distinto a la representación científica sucede con el pensamiento. Aquí no hay ni método ni tema, sólo hay región, llamada así porque obsequia con un en-frente (*die Gegend... gegnet*); libera lo que el pensamiento tiene por pensar. El pensamiento mora en esta región al caminar los caminos de esta región. Aquí el camino pertenece a la región. Desde el punto de vista de la representación científica no sólo es difícil sino incluso imposible percibir esta relación. Si en lo sucesivo reflexionamos acerca del camino de la experiencia pensante con el habla, no vamos a efectuar reflexiones metodológicas. Ya caminamos en la región, en el ámbito que nos concierne.¹⁴

El tiempo en el que “todo se cruza aquí” corresponde al tiempo del pensamiento de lo nuevo (aconteSer), al pensamiento de ideas no trilladas que hay que caminar como se camina en una

12. Heidegger, M. *Aportes a la filosofía. Acerca del evento*. Buenos Aires. Biblos, 2011. Traducción de Dina V. Picotti C. La cita referida está tomada justo de la “Advertencia de la traductora”, donde también se nos da cuenta de que las lecciones aquí vertidas provienen de los años 1936-1938, es decir, diez años después de publicado *Ser y tiempo*.

13. Porque, en el fondo, “La última palabra es de la ética”. Nos dice Fabien Tarby: “La fidelidad al acontecimiento, que hace posible volverse sujeto de verdad, puede ser dificultosa. Tarde o temprano, habrá obstáculos políticos, escenas conyugales o indiferencia hacia el otro, desaliento artístico, atolladeros científicos. Sin embargo, los *afectos* de entusiasmo, felicidad, placer y alegría me permitirán vencer, siempre y cuando yo continúe en la senda de la fidelidad, de la incorporación. La *ética* es esto. No un conjunto de reglas prefijadas. Consiste en proseguir, en continuar, por la senda abierta, para mí, por un acontecimiento auténtico” (Badiou, A. *La filosofía y el acontecimiento*. Op. cit., p.200). Cursivas de Fabien Tarby, negritas mías.

14. Heidegger, M. “La esencia del habla”, en *De camino al habla*. Barcelona. Odós, 1990, p.160.

región abierta a un horizonte virgen (aconteSer). Después de todo y viéndolo bien, la región de Heidegger y el corte o ruptura epistemológicos de Bachelard no están tan separados en la estantería de las ideas, como llegué a creer cuando me llevé sus libros sin pagar (aconteSer).